

Dejando al margen la crítica azoriniana (posterior a 1910) de la novelística de Blasco Ibáñez, a cuyo significado no pueden atender las presentes páginas, lo cierto es que Valle mantuvo a lo largo de toda su trayectoria una inalterable postura de desprecio por la obra literaria del maestro valenciano, de quien le separaban tajantemente aspectos ideológicos, éticos y estéticos, y de tal subestimación participaba, a lo que vemos, el Azorín de 1910. Pequeños botones de muestra del despego valleincliniano por Blasco son la referencia recogida por Ventura Chumillas durante la estancia porteña de Valle. Decía el autor de *Romance de lobos*:

No quiero parecerme a Blasco Ibáñez, quien también improvisó aquí en Buenos Aires sus conferencias, que serían seguramente una calamidad, como son sus novelas³⁸.

Y las malintencionadas respuestas a un redactor de *Informaciones* cuando Blasco fallece el 28 de enero de 1928:

- ¿Por qué me preguntan ustedes a mí? Yo no he leído nunca a Blasco Ibáñez.
- ¿Nunca?
- Nunca. Es decir, cuando *El Liberal* publicó en folletín *La barraca* yo leí, al pasar, algunos fragmentos. Nada, un poco. Lo bastante para darme cuenta...
- ¿Y qué?
- No hablemos de eso. Es más: yo les diría a ustedes que Blasco no ha muerto.
- ¿Cómo?
- Sí, que es un reclamo... Creo que eso sí lo hacía muy bien³⁹.

Ambos traslucen con suficiente abanico temporal la sistemática inquina con la que el gran escritor gallego trató al novelista valenciano, quien, por cierto, en sus conferencias bonaerenses —muy mediocres desde nuestra atalaya— dejó suficientemente hilvanadas sus señas de identidad estéticas⁴⁰, abiertamente opuestas a las que Valle dibujó en sus conferencias del Teatro Nacional de Buenos Aires, en las que sostuvo que la emoción es la razón suprema del arte modernista. Por su parte, Azorín se desmarcó de su adhesión valleincliniana de 1910 y ya en 1924 aprovechaba la publicación de *La novela de la Costa Azul* para escribir:

La obra de Blasco Ibáñez es sólida y fuerte. Otros novelistas españoles tienen otras excelencias y cualidades. Todos son dignos de admiración. Ninguno estorba a la labor del compañero. No rechazamos ninguna tendencia estética⁴¹.

La segunda nota azoriniana del final del artículo de 1910 remite a las conferencias de Valle. En primer lugar conviene recordar que dichas conferencias son cinco, abordando los siguientes temas: «El arte de escribir» (25-VI), «Los excitantes» (28-VI), «Semblanzas de literatos españoles» (2-VII) —seguramente a la que se refiere de modo intencionado el artículo de Azorín—, «El modernismo» (5-VII) y «La España antigua» (11-VII). Mediante las amplias reseñas de *La Nación*⁴² se puede advertir que, salvo la última, tie-

³⁸ Cito por Dru Dougherty, *Un Valle Inclán olvidado: entrevistas y conferencias*, Madrid, *Fundamentos*, 1983; pág. 23.

³⁹ *Ibidem*; pág. 172.

⁴⁰ *Tales conferencias que conforman el grueso del volumen Discursos literarios* (ed. E. Gascó), Valencia, *Prometeo*, 1966, merecerían un detallado análisis.

⁴¹ Azorín, «El campo del arte», *ABC* (28-VII-1924), *Escritores*; pág. 224.

⁴² *Hasta la fecha las ha recogido Obdulia Guerrero, quien olvida la tercera conferencia, en Valle Inclán y el novecientos*, Madrid, *Magisterio Español*, 1977; págs. 136-150. *Dicha profesora dice tomar los textos del archifamoso libro de Francisco Madrid, La vida altiva de Valle Inclán, Buenos Aires, Poseidón, 1943.*

nen un denominador común: definir y caracterizar la propia labor creativa en el marco literario y estético del modernismo, conformado en gran medida con elementos que había utilizado en los artículos del año ocho en *El Mundo* y que acabarían perfilándose en *La lámpara maravillosa* (1916), su fascinante breviario de estética.

En segundo lugar —y ya a modo de colofón del presente asedio—, Azorín no parece echar en saco roto el derrotero ideológico de las conferencias bonaerenses de Valle Inclán, tanto en la valoración positiva de la tradición, en el sentido definido por el primer Unamuno, como en el más pragmático de las direcciones políticas que impregnaban tanto su genial quehacer como el de sus contemporáneos que había vindicado en el Teatro Nacional (Unamuno, Azorín, Baroja, los Machado y Ortega, a la cabeza). Imposible resulta soslayar la trágica constatación que escuchó el abundante público porteño de la sesión del 5 de julio:

Los pueblos son grandes por la comunidad de un mismo sentimiento en la historia. Si la de España fuese un zurcido de rectificaciones como en su política actual, su grandeza se convertiría en un mito⁴³.

«Un embajador en América» (*La Vanguardia*, 10-VIII-1910)

A últimos de 1896 conocí a Ramón del Valle Inclán. Creo que no hacía mucho que había llegado a Madrid. Valle Inclán es de Galicia; allá, en su tierra, había publicado un librito que pocos conocíamos; una serie de retratos de mujeres: *Femeninas*. En Madrid, a poco de estar entre nosotros, sus camaradas de bohemia, dio a la luz un volumen de pocas páginas: *Epitalmio*. Valle Inclán fue con él por todas las librerías, con objeto de colocar ejemplares: en ninguna le tomaron ni uno solo. Entonces el autor, cansado, aburrido, tiró en medio de la calle el que llevaba en la mano.

Desde aquel gesto de Valle Inclán, allá por 1897, hasta ahora han transcurrido bastantes años. Hoy Valle Inclán es uno de los escritores más ilustres de España. No voy a apuntar todos los rasgos de la vida del autor de las *Sonatas*. Esta bella vida de artista literario merece ser contada despacio, no de pasada. El estreno de su drama *Cenizas* constituye, por ejemplo, uno de los rasgos más salientes de esta carrera literaria: estreno de un drama revolucionario en la forma, en pleno dominio teatral de la «fórmula» Echegaray, cuando comenzaba a escribir también Benavente, y obra representada por los amigos del autor.

A Valle Inclán ha acompañado en todo momento la admiración entusiasta, decidida, de un grupo de amigos. Puede decirse que de este núcleo,

⁴³ *Obdulia Guerrero*, Valle Inclán y el novecientos; pág. 149.

cuyo centro era el autor de *Cuento de abril*, ha salido toda la renovación estética de la literatura española contemporánea. Después de *Epitalamio*, Valle Inclán comenzó a escribir la serie de sus admirables *Sonatas*. Tras las *Sonatas* han venido los volúmenes que ahora están en curso de publicación sobre la guerra carlista. Simultaneándolos con estos trabajos, Valle Inclán ha escrito algunos otros dramas y un primoroso volumen de versos.

He aquí escueta y sumamente apuntada la obra de Ramón del Valle Inclán. Ahora lo que cabría hacer al crítico es deducir las ideas fundamentales de esta obra, las «leyes» que han presidido el desenvolvimiento de ésta; las características de una evolución literaria. Lo primero que ocurre decir, es que Ramón del Valle Inclán comenzó como un puro espíritu literario, como un artista exclusivo de la forma, de la exterioridad artística. Los primeros volúmenes de Valle Inclán representan una profunda reacción contra la «fórmula» artística que predominaba a su advenimiento a la literatura. Se ha operado en la literatura modernísima de España un movimiento semejante al operado en el siglo XVI, o antes, en las letras castellanas. Se nota un cuidado exquisito, un amor profundo a la forma, la pasión por los vocablos, el entusiasmo por la belleza de una frase, implica lógicamente algo más que la exterioridad de la prosa, del estilo. Ese amor y esa pasión por la forma, lleva a Valle Inclán necesariamente a un refinamiento intelectual, a una preferencia por todo lo aristocrático, lo fuerte, lo selecto. De este modo, se descubre uno de los rasgos distintivos y dominantes en la obra de Valle Inclán: el aristocraticismo. Todas sus *Sonatas* están dominadas por esta nota de un espíritu amante entusiasta de la forma y apasionado por figuras y espectáculos de un profundo refinamiento intelectual. Casi popular se ha hecho (hasta donde estos tipos pueden ser populares) su creación del marqués de Bradomín. Bradomín es el propio Valle Inclán, altanero, desdeñoso, fuerte, impasible, amador de todo lo selecto, heroico y «sentimental».

Ahora cabe preguntar, y la pregunta la impone la lógica más rigurosa: ¿Cómo Valle Inclán ha pasado de esta actitud puramente intelectualista, «espectacular», «desinteresada» a su actual actitud de combatiente por una idea, de propagandista de un dogma y de un credo político? El tránsito es muy lógico: no existe solución de continuidad ninguna entre el Valle Inclán de las *Sonatas* y el de *La guerra carlista*. Ese aristocraticismo de Valle Inclán de que he hablado más arriba implica un tradicionalismo, un hondo y profundo tradicionalismo. Valle Inclán no podía ser en ningún momento demócrata; al no serlo, al abominar de la democracia, el autor de *Cuento de abril* tenía que percatarse de que su aristocraticismo necesitaba una base sólida, fuerte, fecunda. Esa base no podía dársela sino la tradición, y una tradición particular, la española, lo mismo que una nación, un pueblo y una raza. Así al volver los ojos hacia esa base obligada e inelu-

dible de su obra, Valle Inclán ha ido derecho, con una lógica admirable e inflexible, a escoger el «momento» en que esa tradición, base de su obra, se ha puesto de relieve, en España, por modo más notorio, realista, vivo y tangible: nuestras guerras carlistas. Y Valle Inclán ha tomado partido en estas luchas, no por los novadores, por los que batallan en favor de una fórmula abstracta, «doctrinaria», igual aquí que en Francia, en Italia o en otro país, sino por aquéllos —los carlistas— que representaban, a su entender, más fiel y vigorosamente todas las esencias de una raza, de un pueblo y de una historia.

¿Se comprende cómo todo está íntimamente ligado en la obra de Ramón del Valle Inclán? ¿Se ve cómo toda su obra es perfectamente lógica y coherente?

Terminemos estos ligeros apuntes. Valle Inclán se halla estos días dando unas conferencias literarias en Buenos Aires. Por primera vez ha ido en estos tiempos a la Argentina un literato español, un verdadero y grande literato. Con Valle Inclán ha ido ahora al Nuevo Mundo una verdadera representación de la España intelectual. En la Argentina, Valle Inclán ha hablado de nuestros literatos; nadie podía hacerlo mejor que él. Otros escritores han ido allí que representaban el «industrialismo» literario, la palabrería hueca, el desamor a un arte que no pueden sentir en lo íntimo de su espíritu. Un gran periódico de Buenos Aires, *La Argentina*, ha dicho lo siguiente hablando de una de las conferencias de Valle Inclán: «La conferencia de don Ramón del Valle Inclán nos permitió apreciar en sus quilates generosos, la vida de los hombres que se comprendieron en ello, al revés de una otra que diera hace unos meses un literato también español, y en la que se empeñó inútilmente en retorcer la existencia de Balzac y de Hugo». Todas las diferencias profundas de uno a otro escritor, están expresadas en esas líneas. [AZORÍN]

Adolfo Sotelo Vázquez